



## Esto se va

Esto se va, y «esto» es algo más que el supuesto gobierno del santón de la supuesta máxima autoridad. Mejor dicho, esto se está yendo desde hace tiempo, y el declive que dijo Maura, y nosotros derribamos, no es él quien puede detenerlo. Porque es la Fatalidad, la ciega Fatalidad quien lo empuja. Vivimos bajo el imperio de la rabietta, del salirse con la suya.

Por mucho que de cierta parte se haga no se consigue que el pueblo español se interese por el pleito de Tánger. A los más de los españoles, o estúpido o resignado o sedientos de justicia, lo de Tánger no les importa un comino. No que se extienda el dominio del reino de España, sino que se establezca el de la justicia y el de la libertad y el de la civilidad — que es la civilización — es lo que nos importa.

Aquella locura de julio último, aquel avance del general F. Silvestre — «¡olé los hombres!», así se hacen las cosas» — sobre Alhucemas se acordó después de cierto viaje de diplomacia anticonstitucional a Londres y París y de la rabietta consiguiente a tan viaje, y se acordó para lograr el protectorado sobre Tánger. Y la cosa salió como tenía que salir, muy mal. Y tenía que salir muy mal, porque aquel plan de avance se planeó y acordó sin contar con los verdaderos técnicos en la materia y acaso por una camarilla de «aficionados» a la estrategia o bajo la alta inspiración de un estratega de afición y por deporte. Fue una operación de alto deporte. Y salió como tenía que salir.

El país no reaccionó ante aquella enormidad como por algunos se temía — y por otros se esperaba — que reaccionase, y pasado el primer estupor se ha vuelto a las andadas. Hay que conquistar el Rif. Y como hay que conquistar el Rif e infligir un castigo a los beniturriaguiles, porque en vez de dejarse derrotar por Silvestre le derrotaron — y con él al inspirador del plan deportista, — no cabe rescatar a los prisioneros. ¡Porque cualquier día los sueltan sabiendo que no por ello se renuncia a ese desatinado castigo! Y se lo hizo saber, con su característica discreción, La Cierva, que dijo una vez que sólo se esperaba el rescate de los cautivos para emprender operaciones contra los cautivadores.

Y a este plan de desatinada conquista, tras del protectorado sobre Tánger, se supepita todo. Seguramente que por eso

ni se restablecen las garantías constitucionales ni se libera a los presos gubernativos y los judiciales, injusta y arbitrariamente retenidos en las cárceles.

El otro día se dejó decir el inefable señor Maura que lo del restablecimiento de las garantías se trataría en Cortes. ¡Como si su suspensión hubiese sido acordada en Cortes y como si éstas no se hubiesen ya pronunciado por el restablecimiento de aquéllas! Eso es cosa de gobierno y sólo de gobierno. ¿Por qué se opone a ello éste? O mejor, ¿por qué no le dejan restablecer la Constitución, hoy yacente y no vigente?

La cosa es clara. Se teme que el día en que se restablezca la Constitución meauden los mítines contra la guerra de Marruecos y se ponga más en claro aún que lo está lo nada que le importa al pueblo eso de Tánger y lo opuesta que es la nación a la política de aventuras imperialísticas del reino. Que barto ha sufrido España con ese loco ensueño del ex futuro Viceimperio Ibérico.

A raíz de la primera batalla de Bailén (Baieula) en el año 208 antes de Cristo, veinte siglos exactamente antes de la segunda batalla en el mismo campo, los iberos quisieron oír a Publio Escipión, el que fué después llamado el Africano, y él se contentó con que le proclamaran «imperator», emperador. Y es la primera vez que aparece este título en la historia romana. No quiso ser rey; se atuvo a ser emperador, que era entonces título compatible con el republicanismo. O rey o emperador, fué el dilema. Pero más adelante llegó a haber reyes emperadores. Y un rey emperador es una monstruosidad y una calamidad.

Esto se va y abrigamos la esperanza de que el ex futuro Viceimperio Ibérico llegue a convertirse en un ex reino. Los locos ensueños y empeños imperialistas — ni siquiera imperiales — tienen en suspenso la libertad, la civilidad y la justicia en España; la rabietta tiene en suspenso la Constitución. Y mientras aquí se nos desciviliza se nos habla de ir a civilizar Marruecos.

Al conde de Romanones le entristece pensar en la posibilidad de que este gobierno, y en los actuales momentos, tenga que declararse en crisis. Pero la crisis es crónica, y lo que a todo buen español tienen que alarmarle es que la crisis no haga crisis, que de crónica no se haga aguda, que no se resuelva de una vez.

Y en tanto una alisísima afección gripal...

Miguel de UNAMUNO.

